

DON JOSÉ

(1903-1996)

Santiago Martín Bermúdez

Tres centenarios teatrales en 2003: Aub, Casona, López Rubio. Dos exiliados y un paseante. El paseante es don José López Rubio, que fue motrileño y longevo; longevo, como su paisano don Paco Ayala. Fue don José cineasta, con películas como *Eugenia de Montijo* (1944), aunque de su generación y círculo de amistades el auténtico cineasta fue Edgar Neville. A cambio, él fue mejor autor dramático que Edgar, y en ocasiones superior a Mihura. Cuando se inventó el cine sonoro, a Edgar lo llamaron a Hollywood para hacer las dobles versiones aquellas, porque todavía no se habían inventado ni el *soundtrack* ni el doblaje. Edgar se llevó a López Rubio y a Eduardo Ugarte, que habían estrenado dos comedias en colaboración en 1928-1929, *La casa de naipes* y *De la noche a la mañana*. También se llevó a Jardiel y a Mihura, y por allí andaban Martínez Sierra y Catalina Bárcena. Sólo Edgar y don José hablaban inglés; tal vez también Ugarte. Este grupo coincide en edad con la Generación de la República, esto es, la del 27. Pero no tienen nada que ver.

Los años treinta de la gran depresión y el ascenso del fascismo fueron para ellos años de buena vida y estupendas amistades. Por mencionar unan sola: Chaplin. Cuando la guerra civil, López Rubio estaba lejos, pero su corazón se encontraba con los franquistas. Edgar puso su talento cinematográfico al servicio de la causa facciosa. Edgar fue un hombre bueno, pero ese baldón está ahí. Sonrojan sus cortos propagandísticos, pero más tarde hizo cosas como *La vida en un hilo*, *Domingo de carnaval* o *El crimen de la calle Bordadores*, y *Nada*, basada en la novela de Carmen Laforet. No tuvo buenas relaciones con la bestia triunfante, que no había roto todas las ilusiones sólo para limpiarles la calle a unos señoritos.

Don José se dejó querer, pero tampoco le quisieron demasiado. Max Aub y Alejandro Casona se marcharon al exilio. Sin embargo, tanto a Casona como López Rubio se les considera representantes del teatro de evasión. No tenemos tiempo para desmentirlo en el caso de don José, aunque sí sea cierto que a menudo los personajes de éste sean propicios a la evasión. Don José escribía en la España fantasmal de los años cuarenta y cincuenta; los personajes



de Buero vivían pesadillas, mientras los de López Rubio pretendían fabricarse una realidad improbable: el inventado personaje ausente de Alberto, las fantasías de la protagonista de *La venda en los ojos*, el teatro en el teatro de *Celos del aire*, la ficticia cena de *Cena de Navidad*, la otra vida de *La otra orilla* (¿son estas cinco sus mejores comedias?).

Jardiel muere demasiado pronto, lleno de amargura por su retroceso y el ascenso de odiados «comunistas» como Buero. En ese momento se enciende la estrella de López

Rubio, que brillará durante los cincuenta y parte de los sesenta. De los sesenta es una todavía espléndida comedia, *Nunca es tarde*, con personajes que siguen soñando, pero menos. En ella, Don José se prepara para la muerte, y no sabe que será el superviviente, que no morirá hasta treinta años después. Hay otras comedias muy flojas en esos años, como *Esta noche tampoco*, a mayor gloria de Conchita Montes. Pero López Rubio es el gran inventor de situaciones de una teatralidad rica y llena de fantasía (fantasía, no necesariamente evasión). Se consideraba un gran dialogador, y lo era, pero reducirse así sólo era modestia.

Fue guionista de una serie de televisión llamada «Al filo de lo imposible», que nada tiene que ver con otra que acaso abusivamente se ha llamado así no hace mucho. Tenía un don, el de plantear situaciones extraordinarias, insólitas, y saber darles verdad dramática. Como Jardiel, pero en su propio mundo. Lo suyo era la comedia, pero escribió al menos dos dramas: *Las manos son inocentes*, un caso de conciencia y de culpa, pero su diálogo es demasiado desenvuelto para ser convincente; y *La puerta del ángel*, un drama rural de esos que él no creía adecuados para Conchita Montes, un drama social tardío y muy bello de una época en que se hallaba sumido en el olvido. En ese tiempo alguien mucho más joven vino a rescatarle. Fue Pere Gimferrer, que reeditó en Seix Barral su temprana novela *Roque Six*, muy ramoniana (todos ellos eran algo ramonianos a finales de los veinte), y que defendió con éxito la entrada de don José en la Academia. Su estrella había empezado a apagarse al tiempo del regreso de Casona, curiosamente.

El gran estudioso de López Rubio es José María Torrijos. A él le dedicamos estas líneas. ■

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:

